

# Relatos de viajes, crónicas, memorias y otros escritos de la literatura de la Patagonia (1870-1914)

Grupo de Investigación de la Universidad Nacional del Comahue

**L**os trabajos aquí reunidos examinan relatos de viajes que visualizan el espacio patagónico, procurando poner de relieve los principales aspectos de su conformación. Todos ellos apuntan a destacar la perspectiva que orienta la narración: desde la índole y la configuración del viaje ilustrado hasta los que se escriben estrictamente en el período considerado en el título. En el tránsito de su elaboración se produce la absorción del viaje de los científicos y su discurso más ceñido a los diferentes aspectos que procuran describir, a lo cual ha de sumarse la nueva perspectiva que desde las últimas décadas del siglo XIX transforma notablemente el Estado, sus miras y sus empresas.

En pleno auge de la integración monopolista imperial, Argentina logra consolidar un modelo que los historiadores denominaron “de la Argentina moderna”, atendiendo a la modernización que instala el positivismo y la puesta en marcha del progreso, transformando el orden institucional y renovando profundamente el medio urbano y el rural. Las numerosas incursiones en el territorio situado al sur del río Colorado culminan en guerras frontales que cambian la historia. La región, así remodelada, cobra nueva fisonomía y adquiere estabilidad fundamentalmente con las campañas de Juan Manuel de Rosas y de Julio Argentino Roca. La Patagonia es desde entonces un inmenso territorio que ve llegar colonos y viajeros de diversa índole, impulsados por distintos intereses.

Hemos seleccionado los textos por su calidad y su representatividad de esas diferentes perspectivas, tratando de indicar los rasgos relevantes para la

literatura, los cuales contribuyen a la configuración del imaginario que le otorga fisonomía a la Región Patagónica en el período considerado.

*Enriqueta Morillas Ventura*

## 1. LAS EXPEDICIONES ILUSTRADAS A LA PATAGONIA

**Teodosio Fernández**

Desde fechas ya lejanas he compartido la fascinación despertada por esa América cuyo descubrimiento, como escribía Alfonso Reyes, “fue el resultado de algunos errores científicos y algunos aciertos poéticos”<sup>1</sup>, resultado que se plasmó en la imaginación de lugares utópicos como Manoa, Eldorado, Trapalanda o la Ciudad de los Césares. Hace algunos años una estancia en Neuquén determinó que llamase mi atención el *Primer viaje alrededor del mundo*, donde Antonio Pigafetta fijó para siempre la existencia de los patagones, la discutida leyenda de su tamaño gigantesco y la polémica sobre las razones que llevaron a Fernando de Magallanes a darles el nombre que designaría finalmente a un vasto territorio de América de Sur. Precisamente en ese territorio había

de afincarse luego la Ciudad Encantada o Ciudad de los Césares, según una leyenda que tuvo su origen en una de las expediciones que Sebastián Caboto envió en 1528 a explorar las tierras desconocidas que se extendían más allá del fuerte Sancti Spiritus, a orillas del Paraná, y que, como la de los gigantes del sur del continente, aún se mantenía viva en el siglo XVIII: el relato de la vuelta al mundo que el comodoro John Byron dio en el *Dolphin*, en 1764, confirmaba que la estatura de los patagones “era tan extraordinaria, que aun sentados así, venían a ser tan altos como el Comandante en pie”<sup>2</sup>; y en cuanto a la Ciudad de los Césares, que durante el siglo XVII había dado lugar a búsquedas como las que el jesuita Nicolás Mascardi emprendió entre 1670 y 1673 desde las orillas del lago Nahuel Huapi, aún determinó posteriormente otras expediciones, entre las que merecen especial mención las realizadas por el franciscano Francisco Menéndez entre 1783 y 1794.

Para entonces hacía tiempo ya que esa geografía imaginaria iba siendo reemplazada por otra “real”, consecuencia del espíritu con que esas mismas tierras se redescubrían a partir de mediados del siglo XVIII. El azar de la vida académica me acercó en fechas aún recientes hasta diferentes textos en los que podía comprobarse ese cambio<sup>3</sup>, en su mayoría reunidos por Pedro de Ángelis en su *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. En el tomo I de esa colección pueden encontrarse también documentos relativos a *Derroteros y viajes a la Ciudad Encantada, o de los Césares, que se creía existiese en la cordillera, al sud de Valdivia*, algunos de especial interés porque confirman el arraigo aún persistente de esa ciudad utópica en la imaginación dieciochesca: la muestra mejor es sin duda la *Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles, al sud de Valdivia, e incógnita hasta el presente, por el capitán D. Ignacio Pinuer (1774)*, ciudad definida en ese caso como “la incógnita ciudad de Osorno”, ciudad que los españoles habrían fundado tras abandonar el fuerte chileno de Osorno ante el asedio de los araucanos<sup>4</sup>. Pero una actitud crítica con esas fantasías trataba de abrirse camino desde algún tiempo atrás: por lo que se refiere al territorio después argentino y a las aportaciones españolas, el testimonio más antiguo de ese espíritu nuevo pudo ser el *Diario de un viaje a la costa de la mar magallánica en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga, por el P. Pedro Lozano*, texto

que cabe interpretar como una consecuencia inicial de los esfuerzos que España desarrolló a partir de 1740 para asentarse en la costa patagónica, real o aparentemente codiciada por Inglaterra y por otras potencias europeas. Ciertamente, el desaliento ante la imposibilidad de poblar en la bahía de San Julián que reflejaba ese diario —“todo lo que decían de esos ríos los extranjeros es una mera y pura patraña, pues tal río no se halla, ni señas de haberle jamás habido; que al fin es verdadero el adagio castellano, que, a luengas tierras, luengas mentiras”<sup>5</sup>— no había de impedir que el jesuita José Cardiel, uno de los expedicionarios, mantuviera a pesar de todo su fe en la existencia de ignoradas poblaciones de españoles, “quizás con algunas minas de oro y plata”<sup>6</sup>, fe compartida por el padre Lozano y por otros muchos, entre los que se contaba el también jesuita Thomas Falkner, quien años después, en su *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur (1774)*, parecía estimular la colonización de aquellos territorios por las potencias europeas que entonces competían con España. Según sus testimonios, esas potencias ya no tenían para entonces nada que temer: “Los patagones y puelches son altos y corpulentos, pero no he visto ninguno de raza de gigantes, de quienes otros hacen mención, aunque vi personas de diferentes tribus en los indios meridionales”, aclaraba; y tampoco creía ya en la Ciudad de los Césares: “La noticia de que hay una nación en estas partes, descendientes de los europeos, o del resto de los que naufragaron, es como ciertamente creo falsísima, y sin el menor fundamento, causada de no entender la razón que dan los indios [...]. Lo que hace más increíble haber esta colonia de los Césares, es la misma imposibilidad moral de que doscientos a trescientos europeos, casi todos hombres, pudiesen sin tener comunicación alguna con un país civilizado, penetrar por medio de tantas naciones belicosas, y mantenerse como una república separada en un país que no produce cosa alguna, y donde los moradores subsisten sólo con la caza, y esto por espacio de doscientos años (según dice la historia); sin haber sido extirpados, muertos, o hecho esclavos por los indios, o sin perder las apariencias de europeos, entremezclándose con ellos”<sup>7</sup>.

Esos razonamientos no bastaron para garantizar la condición “objetiva” de afirmaciones como las formuladas por Falkner: “Sus relatos son verídicos cuando no salen del campo de sus propias observaciones; pero deben leerse con desconfianza, si no son más que el producto de sus conversaciones con los

indios”, aseveraba Pedro de Ángelis, convencido de que “la única prueba decisiva para estas materias” era “la de la inspección ocular”<sup>8</sup>. Él mismo podía haber comprobado que tal exigencia no era una novedad, pues muchos de los informes y diarios de viajes que había conseguido reunir demostraban que durante la segunda mitad del siglo XVIII era común la insistencia en resaltar la experiencia directa de los lugares descritos, como si esa experiencia garantizase la verdad del testimonio ofrecido. Cada una de las expediciones que entonces se realizaron exigía un testimonio minucioso del terreno explorado cada día, y fueron esos testimonios los que determinaron documentos como el *Informe del Virrey Vértiz, para que se abandonen los establecimientos de la costa patagónica*, fechado el 22 de febrero de 1783 —Juan José de Vértiz aconsejaba allí a José de Gálvez, ministro de Carlos III, el abandono de los establecimientos que el propio Virrey había impulsado desde 1779, a instancias de la Corona—, donde puede observarse mejor el fin de las ilusiones puestas en una tierra que había dejado de interesar y que difícilmente podría atraer a otras naciones, “por la calidad de sus terrenos, por falta de buenos puertos, por las excesivas mareas, por lo riguroso del clima y otras causas”<sup>9</sup>.

Pedro de Ángelis pudo haber comprobado también que ni siquiera la “inspección ocular” bastaba para asegurar la condición “objetiva” de las noticias registradas. La experiencia directa de los lugares y de los acontecimientos descritos había sido reiteradamente invocada durante el siglo XVIII para garantizar la verdad de la información recogida, pero tales planteamientos no diferían esencialmente de los defendidos por quienes ofrecieron los primeros testimonios de aquellas tierras desconocidas para los europeos: tanto Cristóbal Colón en su diario del primer viaje como Amerigo Vespucci en sus cartas, y —sólo por lo que a los patagones se refiere, pues la lista podría ampliarse hasta el infinito— tanto Pigafetta como el menos conocido Ginés de Mafra, afianzaban la veracidad de sus noticias en su condición personal de testigos<sup>10</sup>, y sin embargo describían seres extraños, ciudades encantadas e inagotables maravillas. Es más, en la experiencia directa seguían queriendo afirmarse, en pleno siglo de las Luces, las noticias sobre la Ciudad Encantada del sur de América, como la mencionada relación de Francisco Pinuer permite constatar. No ha de extrañar, pues, la fecha tardía de las últimas exploraciones de Francisco Meléndez en busca de la Ciudad de los Césares: los documentos de la época demuestran que esa fantasía había arraigado

tan profundamente que, aun amparándose en la razón y en la experiencia, las nuevas y “objetivas” visiones de la Patagonia encontraban serias dificultades para imponerse y desplazar esa otra “realidad” afincada en las leyendas.

Las expediciones ilustradas a la Patagonia ofrecen, pues, un interés notable: en informes y diarios de viaje quedan ecos del profundo arraigo de los mitos nacidos con el descubrimiento y la conquista de América, así como de la resistencia a desaparecer que determinó su prolongada agonía. El fin de esos mitos permitió que pasase a primer plano la realidad comprobable de una tierra inhóspita, cuya capacidad de fascinación no tardaría en mostrar otras muchas posibilidades, no agotadas hasta hoy por la literatura. No hay razones para estimar que la extinción de una realidad leyendaria es menos atractiva que su nacimiento y su vigencia: en lo que afecta a la Patagonia, esa extinción resulta no tanto del rechazo expreso de mitos o leyendas como de su progresiva ausencia en los informes y diarios de viaje comentados, prueba de un descrédito creciente para el que se conjuraban tanto el rotundo fracaso de las expediciones como el avance de un empirismo de carácter racionalista que cabe relacionar con el espíritu de la Ilustración, impulsor de las exploraciones y determinante de los escritos que daban testimonio de ellas. Por ello los textos mencionados constituyen un material de excepcional interés para estudiar la irrupción y los alcances de ese espíritu ilustrado en la Hispanoamérica colonial.

La discutible condición literaria de esos informes o diarios de viaje no debería significar un problema para su integración en el ámbito de límites imprecisos que constituye el objeto de los estudios sobre literatura, y de los estudios sobre literatura hispanoamericana en particular. Como en los casos de las crónicas de Indias o del “testimonio”, incluirlos o excluirlos supone tomar una decisión. Ciertamente, no pueden ignorarse las peculiaridades de unos escritos casi siempre condicionados sobremanera por la pretensión de objetividad, pero tales peculiaridades, evidentes para quien analiza el discurso propio de esos diarios o informes, no suponen un obstáculo mucho mayor que el presentado en su día por otros textos “periféricos” forzados a aproximarse al ámbito de la ficción: el *Lazarillo de ciegos caminantes* —otro libro de viajes— se ha acercado a la novela picaresca, y se ha exagerado la presencia de las novelas de caballerías en las crónicas de Indias —recuérdese el caso del “libro de Amadís” y la *Historia verdadera*

de la conquista de la Nueva España— y su influencia en hechos concretos del descubrimiento y la colonización de América. Siempre me ha parecido forzada la relación de California con la reina Calafia de *Las sergas de Esplandián*, y hasta tiempos aún recientes nadie se acordó de *Primaleón* y del gigante Patagón para explicar el nombre que, al parecer, Magallanes dio para siempre a los tehuelches del sur. Estos reparos no me impiden reconocer que esas asociaciones resultaron decisivas para el desarrollo de la crítica literaria y aun de la literatura posterior al hallazgo o la invención de tales relaciones. En esa misma lógica, la realidad prosaica construida por los diarios e informes de los viajeros ilustrados puede incrementar su interés literario por oposición y contacto con la geografía fantástica de los hombres gigantes y las ciudades utópicas que nunca consiguieron borrar por completo, como la literatura posterior dedicada a esos temas reiteradamente permite comprobar.

## 2. LA VISIÓN DEL VIAJERO INGLÉS: GEORGE CHAWORTH MUSTERS

Patricia Aruj

Los relatos de viajes son tan antiguos como los viajes mismos. Existen por lo menos desde Heródoto, aunque el primer relato de este tipo, desde el punto de vista del lector actual, sería el de Marco Polo. La primera gran oleada de viajes modernos es la de finales de los siglos xv y xvi. El siglo xviii, por otra parte, es clave en la historia de los mismos. En el caso de América, la independencia de las colonias marca una nueva etapa. Eliminadas las barreras impuestas por la metrópoli, se inicia una serie de viajes de reconocimiento, de exploración y de inspección que se verán plasmados en textos que darán cuenta de esas experiencias. La filosofía de la Ilustración marca con su impronta el espíritu de los viajeros. El viaje ahora tiene un objetivo científico: conocer la geografía, la arqueología, la historia. Se viaja para explorar no sólo el mundo físico sino también el mundo social y moral. Por otro lado, ese afán por conocer tiene objetivos muy concretos encaminados a establecer

líneas de comercio en algunos casos y apropiación de territorios en otros.

Es en ese siglo xviii cuando aparece como género formalmente incorporado a la literatura el relato de viajes; éste operó como mediador entre la red científica y el público europeo. Se trata de un género multifacético en donde se entrecruzan múltiples tipos de discurso: el histórico, el etnológico, el de la arqueología, el de la filosofía. La complejidad del mismo nos lleva a intentar delinear las características que lo constituyen como tal. En ese sentido, todo relato de viajes debería manifestar cierta tensión entre el sujeto observador y el sujeto observado, y además dar cuenta del “otro”. En el primer caso es necesario recordar que este tipo de relato implica por un lado una narración personal y por otro descripciones que, aunque aparenten ser objetivas, en la mayoría de los casos no lo son. Excederse en uno de estos términos llevaría al texto a otro género: en un extremo estaría la autobiografía y en el otro la ciencia.

Ahora bien, en tanto relato de experiencias vividas, ¿cómo asegurar que el sujeto que tiene una relación especial con el texto que enuncia ofrece, a diferencia de la ficción, un conocimiento verdadero? El explorador es al mismo tiempo sujeto de la enunciación y del enunciado, y esto puede provocar fisuras en el relato; para paliar ese riesgo habrá que tener en cuenta un tercer yo, el ideológico, que será el que en este caso restablezca la coherencia y permita la garantía del poder referencial. Así, aclarado el “desde dónde”, se le presenta al lector un panorama más claro. El concepto de sujeto, asociado a la idea de individuo, presupone que la relación de conocimiento del mundo es una relación del sujeto que tiene poder y que en virtud de ello se siente autorizado a decir “la verdad”. La alteridad también se ve determinada por las relaciones de poder. El “otro” en este tipo de relato no es sólo el que detenta otra cultura sino el que necesariamente pertenece a una inferior. El acto semiótico que supone la producción de signos cuyos contenidos y valores son los de otros representa el momento en que una cultura intenta interpretar desde un lugar jerárquico los modos de figuración ajenos. Alguien detenta la racionalidad, alguien enuncia y otros son enunciados en un doble juego de intereses.

Existe además y en relación con lo anterior un tema fundamental: ¿Qué define a quienes construyen este tipo de relato? Tzvetan Todorov en *Las morales de la historia* sostiene: “¿Quiénes son los autores de esos relatos? Guerreros, conquistadores, mercaderes,

misioneros, es decir, los representantes de tres formas de colonialismo: militar, comercial, espiritual; o bien se trata de exploradores que se ponen al servicio de una u otra de estas categorías. Éstos no son los únicos en viajar, sin embargo, ni en contar sus periplos. Pero cuando los miembros de otros grupos escriben, no ofrecen 'relatos de viajes'. Los sabios producirán descripciones de la naturaleza o de los hombres, las cuales, a pesar de respirar la ideología colonialista, dejan de lado la experiencia personal. Los poetas escribirán poesía como es debido y nos importa poco en el fondo saber si lo hicieron durante un viaje o no. Los aventureros a su vez pueden hacer relatos de aventuras sin preocuparse de las poblaciones que atraviesan. Para asegurar la tensión necesaria al relato de viajes hace falta la posición específica del colonizador: curioso por conocer al otro y seguro de su propia superioridad”.

George Chaworth Musters, de quien se hablará a continuación, pertenecía a uno de estos tres estamentos: era un oficial de la marina británica enviado por el almirantazgo inglés para hacer relevamientos y mapas de la Patagonia argentina. En 1869 realizó un viaje por el interior del territorio patagónico, recorriendo dos mil setecientos cincuenta kilómetros desde Punta Arenas hasta Carmen de Patagones y formando parte de una tribu tehuelche, compartiendo sus cacerías, sus toldos, sus comidas, sus combates. Fruto de ese viaje fue el libro *At home with the Patagonians*, aparecido en Londres en 1871. Al poco tiempo, en 1873, se hizo la segunda edición y se lo tradujo al alemán. En 1911 apareció en Argentina con el título *Vida entre los Patagones*, editado juntamente con *Descripción de la Patagonia*, del jesuita Thomas Falkner, por la Universidad Nacional de La Plata. La importancia de su viaje radica en que su trabajo constituye, fuera de los valles de Santa Cruz y Río Negro, la primera información cartográfica directa del interior de la Patagonia; ésta era entonces una región casi desconocida de Argentina. A ello debe sumársele la época y la forma en que realizó la expedición, en condiciones de inconcebible dificultad para un inglés y sin los instrumentos adecuados.

Musters cita como antecesores a Pigafetta, a Sir Francis Drake, a los hermanos Viedma, a Falkner, a Fitz Roy y a Darwin. Ningún conocimiento se obtuvo del interior de la Patagonia hasta la expedición hidrográfica del Beagle, tan hábilmente realizada y tan admirablemente descrita por Fitz Roy y Darwin, y en la que la ascensión del río Santa Cruz, en un trayecto de dos mil millas, permitió al último de los

nombrados observar las notables formaciones que con tanto acierto explicó en su obra sobre la geología de la América del Sur. Esta relación breve, pero aburrida tal vez, tiene por objeto demostrar que, a pesar de que las costas de la Patagonia habían sido exploradas y demarcadas, el interior del país, no obstante las expediciones de Viedma y de Fitz Roy, seguía siendo casi desconocido. Sus habitantes, los tehuelches, habían sido tratados muchas veces, se había anotado su estatura y se había encomiado su carácter amistoso; pero sus verdaderas prácticas de vida en sus andanzas a través del país y sus afinidades o diferencias con los indios araucanos y pampas se mantenían casi en el mismo misterio en que estaban el siglo anterior. A partir de aquí, Musters se erige en el portador del dato certero. Al nombrar a sus antecesores sostiene que no ha hecho más que cumplir con un deber de viajero y éste implica reconocer méritos en algunos casos —“Fitz Roy ha hecho una excelente descripción del toldo” — y corregir aquello que considera equivocado.

Los materiales del texto que produce son transformados durante el proceso de escritura. Lo ocurrido permanece en el pasado, en el relato quedan las palabras con las que se lo reconstruye en el texto. Los sucesos consignados en el mismo difieren de los hechos certificables: éstos, a nivel discursivo, se aproximan a los imaginados. Los signos verbales comprimen la información y lo que es peor aún, la digitalizan. Musters construye representaciones, símbolos, juicios, desde un lugar específico, el de aquel que se reconoce como un ser dotado de una noble misión, el de aquel que responde al imperativo categórico de poner orden al caos. Actúa así bajo la convicción de que quienes no pueden representarse deben ser representados, y todos sus esfuerzos tenderán a construir un imaginario social de la Patagonia con el fin de instituir distinciones, cuestionar valores y conductas. Sobre ese sistema de representaciones construido *ad hoc* se funda la legitimidad de su poder.

Manuel Cruz define al sujeto como una categoría con dos frentes: la memoria que mira al pasado y la capacidad teleológica que se orienta al futuro, relacionadas una con el conocimiento y la otra con el obrar. La memoria es aquel proceso por el cual el hombre no sólo repite su experiencia pasada sino que la reconstruye, y es en virtud de la misma que acumula conocimiento. En el caso de Musters, el año transcurrido en terreno patagónico y los sucesos vividos durante el mismo le aportaron infinidad

de datos valiosísimos en relación a aquella región austral. En su libro describe con minuciosidad todos los accidentes geográficos que observa (curiosa y especialmente el curso de los ríos), también la flora y la fauna autóctonas. Particularmente se detiene en la descripción de los animales que constituían el sustento diario (fundamentalmente el guanaco y el avestruz) y en todo lo referido a la cacería: preparativos, método, ley india del reparto de la caza, despostado de reses, etc. Llama la atención acerca de algunas piedras preciosas aparecidas en su recorrido; advierte, sospechosamente, acerca de una mina de carbón y otra de hierro, y aventura las insospechadas ventajas que las mismas tendrán en el futuro:

[...] el descubrimiento de la mina de carbón tiene la más obvia importancia en lo que se refiere al porvenir de esa colonia. Gracias a esto podrá haber remolcadores poderosos que ayuden a los buques de vela a pasar el Estrecho, evitándoles la vuelta por el cabo de Hornos, pues hasta ahora la navegación del Estrecho ha estado casi cerrada para los buques de esta clase. Ahora, todo esto va a cambiar, y probablemente habrá una lancha de vapor para remolcar de aquí para allá a los lanchones, lo que facilitará positivamente el embarque del carbón. A medida que la población y la colonización aumenten, estimuladas por la comodidad de los vapores del Pacífico que en esta fecha andan todos los meses poniendo al Estrecho de Magallanes casi al alcance de la voz, podrá ir abriéndose el interior del país, en cuyo caso probablemente se descubrirán y se explorarán otras fuentes de riqueza mineral. (26)

Su recurrente afán clasificatorio lo lleva en el capítulo III de su libro a distinguir cuatro tribus en la Patagonia: los Moloche, que agrupan fracciones de diferentes tribus; los Tehuelches o Patagones propiamente dichos (diferentes de los indios de Tierra del Fuego aunque proceden del mismo tronco primitivo), que se dividen en dos grupos: los septentrionales y los meridionales; y los Pampas y los Manzaneros, que eran una rama de los araucanos de Chile. Así también al tratar sobre las poblaciones de Río Negro, el relato de Musters las divide en cuatro clases: los descendientes de los primeros pobladores españoles, los inmigrantes extranjeros más recientes, y los negros y los presidiarios de la República Argentina enviados allá. Dedicó además el capítulo V a describir las maneras y costumbres de los tehuelches.

Ahora bien, es interesante analizar qué hace posible la acumulación de conocimientos que Musters adquiere a lo largo de su recorrido. Para realizar tan mentado viaje era indispensable contar con la colaboración de los indígenas y contratar los servicios de un guía conocedor del lugar a cambio de un salario; así, el explorador procedía a “descubrir” lo que aquéllos ya conocían. Mary Louise Pratt en *Ojos imperiales* sostiene que, “crudamente expresado entonces, en este contexto el descubrimiento consistía en un gesto que convertía los conocimientos (discursos) locales en conocimientos europeos nacionales y continentales, asociados con formas y relaciones de poder europeas”<sup>2</sup>. Musters relata el momento en que contrata a Jaria, su primer guía, y reconoce que éste ganó cumplidamente su paga. Más adelante, esta vez refiriéndose a Orkeke y situados en un terreno selvático, apunta que su guía no vacilaba nunca, los llevaba adelante con toda seguridad. En otra ocasión, atrapados en un incendio, fue el indio Jackechan quien encontró milagrosamente la salida: “Para mí era perfectamente inexplicable la manera como había descubierto el camino a través del humo; si me hubiera encontrado solo, mis viajes habrían terminado allí mismo” (166).

Nuevamente el componente ideológico adquiere significación, y la tensión entre el sujeto observador y el objeto-sujeto observado llega a su máxima expresión. Por otro lado, retomando el segundo rasgo constitutivo del relato de viajes enunciado al comienzo del trabajo, “el otro” se erige por oposición y es construido desde la superioridad del que enuncia. Refiriéndose a Santa Cruz, Musters apunta: “Es indudable que, en caso de que se desarrollara en lo futuro, esta colonia podría servir de punto de apoyo para elevar a los tehuelches al nivel de un modo de existencia más culto; pero las consideraciones de este género no son de mi resorte” (60). Este recurso, el de intentar hacernos creer que él no emite juicios o que sus apreciaciones son de otra índole, es utilizado a lo largo de todo el relato. En líneas generales, cuando describe a grupos o individuos su tono es conciliatorio e incluso a veces alabador. Los caciques son inteligentes, valientes, hábiles y generosos, aunque este juicio en el caso de Casimiro contrasta con la visión de su mujer y la de sus propios compatriotas: “Casimiro se había marchado, llevándose a uno de los chilenos; y su mujer me contó, en medio de un aluvión de insultos a su cara mitad, que éste se había ido de miedo porque los otros indios habían resuelto matarlo, y agregó que su hombre tenía el corazón de

un zorrino, de un buitre y de un armadillo” (128). La opinión del autor parece otra: “Yo cultivaba asiduamente la relación de Casimiro, tanto en nuestras cacerías como en la casa que se le había permitido ocupar, aunque el hombre visitaba de tiempo en tiempo el campamento situado sobre el río Chico. Tanto los misioneros como los topógrafos de su majestad británica han hecho frecuentes referencias, y a veces nada favorables, a este indio, que ha demostrado siempre el deseo de captarse la amistad de los ingleses que visitan la Patagonia” (65).

Como se podrá apreciar por las anteriores citas, los rasgos negativos son siempre puestos en boca de otros. La distancia cultural entre el pueblo indígena y el europeo es marcada intencionalmente a lo largo del texto a través del relato de costumbres, creencias, valores, etc. Sin embargo, cuando de juicios se trata pareciera que la intención es omitirlos. Ahora bien, el carácter de agente neocolonial de Musters lo traiciona, y su libro aparece plagado de reflexiones del siguiente tipo:

los misioneros que en vano trataron de convertir y civilizar a estas tribus (94)

realmente pareciera que hubiera una especie de vínculo instintivo entre los indios y sus caballos (159)

Pero los indios, con excepción de Casimiro, no comían pescado, y al parecer me veían saborearlo con los mismos ojos con que el inglés mirara a primera vista la afición de ellos a la sangre (142)

El baile no era desgarbado pero lo hacían grotesco los absurdos movimientos de cabeza (103)

Hay en el texto de Musters una doble imagen del pueblo inglés: la que él construye en función de sus objetivos y la que los indios perciben como extraña. La primera intenta hacernos creer en la especial predilección indígena por los hombres de su nacionalidad, a veces incluso en oposición a españoles y argentinos. El tono de estas citas es esencialmente serio y hasta en algunos casos solemne. La segunda muestra cómo los indígenas se asombran ante las diferencias de aquel mundo lejano; el tono aquí varía considerablemente: “Yo cabalgaba en compañía de un indio llamado Chang, que se puso a hacerme preguntas, empezando por ‘¿Quién es el cacique de los ingleses?’ Le expliqué que era su graciosa majestad.

‘¿Está casada? ¿Es viuda? ¿Tiene hijos? ¿Cuántos? ¿Tiene muchos caballos y yeguas y adornos de plata?’ Y así, sucesivamente, hasta que quedó satisfecho; entonces se puso a repetir mientras andaba: ‘Una mujer cacique! Cuatro hijos y cinco hijas! Muchos caballos; yeguas, ovejas y vacas’” (117-118).

En cuanto al relato, muchas veces adquiere tintes poéticos: “[...] y el 10 llegamos a una pequeña cadena de colinas que corría de este a oeste. Al pie de una de éstas se plantaron los toldos, junto a una de las hermosas fuentes circulares que se encuentran con frecuencia en la Patagonia; de la arena blanca y lisa que formaba el fondo de esa fuente, el agua subía en burbujas como cristal líquido y se veían cruzar peces de plata de un lado a otro en la cuenca circular. Los indios se deleitaban en lavarse los pies y las manos en esas fuentes y se quedaban sentados junto a ellas largo tiempo admirando la belleza de esos ‘ojos del desierto’” (123). El humor también se hace presente con frecuencia y agiliza la lectura provocando sonrisas de complicidad: “Entre los indios que nos hicieron el favor de acompañarnos esa tarde estaba Pedro el Platero, citado en el libro de la misión de Mr. Gardener, y también una india vieja que gozaba del nombre de ‘la Reina Victoria’. Esto dio ocasión a grandes burlas, pues mis amigos chilenos dijeron que yo tenía que saludar en debida forma a la soberana de las Pampas; pero, cuando hubo conseguido una carga y lumbre para su pipa, que era todo lo que necesitaba, la mujer se marchó, perdiéndose enseguida en la oscuridad” (47).

Es constante la apelación al lector para que lo acompañe a lo largo de su recorrido, y es notable además el número de páginas destinado por el autor a exponer las fábulas y leyendas indígenas. Sin embargo, aunque reconoce la fascinación que las mismas pueden causar, no por ello deja de enjuiciar negativamente al indígena: “Los inexplicables ruidos de rocas que crujen o las explosiones de volcanes desconocidos y los rumores más extraños aunque parecen campanas y voces, todo sugiere a los naturales ignorantes y supersticiosos la confirmación de las extrañas historias detalladas que pasan de unos a otros durante varias generaciones” (148). De singular importancia para la escritura del libro fueron las notas tomadas durante el transcurso del viaje, observadas con recelo por los “indígenas ignorantes” que de ninguna manera aprobaban que alguien escribiera un diario y menos aún que el mismo diera cuenta de sus vidas. Ahora bien, si el tema de la escritura intriga sobremanera a indios e indias, los caciques,

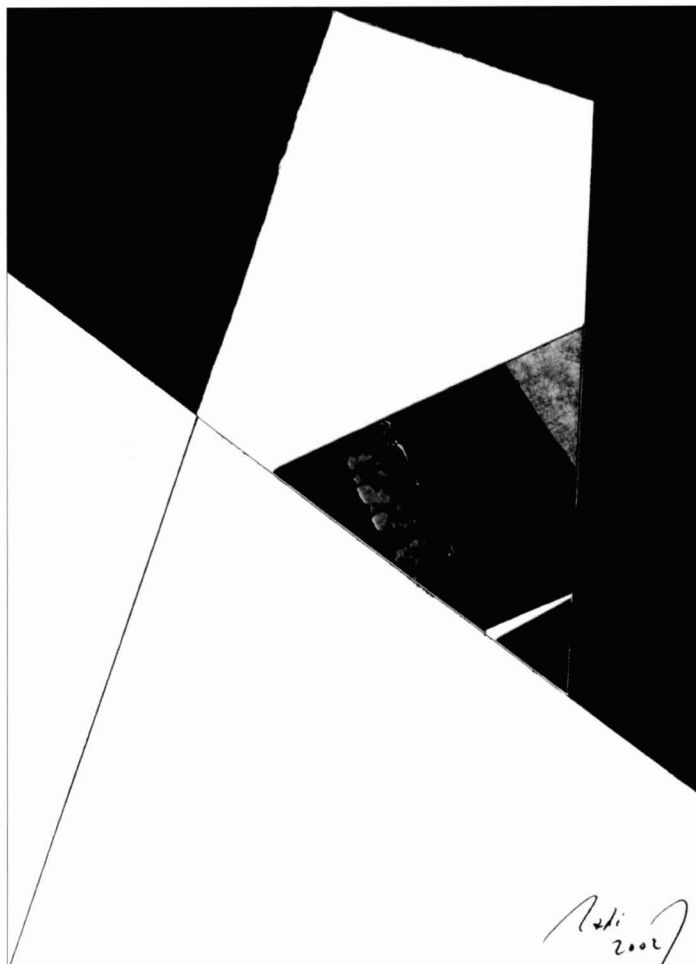
tal vez no “tan ignorantes”, reconocen el valor de la letra impresa como mediadora en asuntos de importancia: “Durante nuestra permanencia en ese valle, Casimiro me pidió que escribiera por él una carta al comandante de Río Negro preguntándole si el gobierno argentino seguía concediéndole su ración y paga de teniente coronel a su servicio” (117). Esta es una de las pocas veces a lo largo del relato en que serán requeridos los servicios de Musters. La cultura occidental se configura, se estratifica y se consolida a través de la escritura. Esto que no parece preocupar al cacique, debería hacerlo: ¿quién es su vocero?; ¿desde dónde habla por él?

Musters recuerda haber escrito además cartas a sus amigos, aunque con pocas esperanzas de que las mismas llegaran a destino. En este sentido, tanto el lector como el mismo Musters se ven sorprendidos por el sincronizado sistema de comunicación indígena. Casimiro le asegura que ellos las entregarían a los indios del norte, y éstos a su vez a los araucanos, de donde pasarían a manos de los que iban a Río Negro a buscar la porción de ganado asignada al jefe, y que desde allí serían despachadas. Prueba de la fiabilidad de las palabras del cacique y del buen funcionamiento del sistema fue que el 5 de diciembre Musters recibió a través del Zurdo, un indio que se había quedado en Santa Cruz, cartas de Mr. Clarke y de Don Luis Piedrabuena anunciándole la llegada de la goleta a Buenos Aires.

Retomando a Manuel Cruz en cuanto a la distinción entre memoria y capacidad teleológica, podemos decir que en relación a esta última y a su incidencia en el obrar humano, es posible distinguir en Musters dos ámbitos bien diferenciados. Por un lado está la representación que hace de sí mismo en el texto. Allí se reconoce como alguien que emprende tal travesía motivado fundamentalmente por el deseo de conocer el interior; son reiteradas además las ocasiones en las que insiste en equipararse a los indios en cuanto a destreza y resistencia: “Los indios del río Chico nos visitaban de vez en cuando, y la objección de Orkeke a mi

compañía fue cediendo poco a poco. Probablemente el hombre había pensado que un señor inglés exigiría una considerable suma de atenciones, ocasionando constantes molestias, pero durante nuestro trato vio que el extranjero podía cuidar por sí solo a su caballo como lo hacía y bastarse en general a sí mismo, así como tomar parte en cualquier cosa que se hiciera, hasta dormir al raso sin más abrigo que la manta de guanaco. Cumpliendo su promesa, Casimiro visitó también el campamento y arguyó en mi favor, consiguiendo al fin del jefe un permiso un poco forzado para que me agregara a su partida” (78).

Llama la atención en este párrafo el uso de la tercera persona como estrategia de distanciamiento, de objetivación; sin embargo, su artificio se ve des- enmascarado al final de la cita cuando retoma el yo enunciador. En segundo lugar es importante señalar su accionar fuera del relato, lejos de la Patagonia, ya en su propio hábitat. En Inglaterra, Musters difundió





sus experiencias y alentó programas de radicaciones británicas en la Patagonia, incluyendo entre ellas diversas misiones anglicanas. Sus estudios y vinculaciones fueron muy valiosos para que con la ayuda de los ya influyentes comerciantes ingleses en Buenos Aires, en especial los dedicados al nuevo y rendidor negocio de ferrocarriles, se obtuvieran enormes concesiones de tierra, las mejores de la zona. Sus páginas le dieron, desde su visión, “entidad real” a este suelo austral, descubriéndolo ante los ojos de los europeos. Es de rigor recalcar que a pesar de que el propio Musters niega que sus descripciones sean exactas, muchos lo han considerado un viajero científico. Aquiles D. Ygobone lo incluye entre sus viajeros “científicos”<sup>3</sup>. Asimismo, el diario *Times* con motivo de su muerte, ocurrida el 22 de enero de 1879, lo había recordado diciendo que el país había perdido un servidor fiel y capaz y la ciencia un empeñoso explorador.

Para terminar quisiera recordar cuántas veces decisiones políticas y morales se han ocultado bajo la autoridad de la ciencia. ¿No será este que hemos estudiado uno de esos casos? Nunca se debiera olvidar que lo propio de las ciencias humanas es la identidad de naturaleza entre sujeto y objeto, que ellas estudian al hombre en lo que tiene de propiamente humano. En consecuencia es un deber comprender que los seres humanos no obedecen a sus leyes con la misma regularidad con que lo hacen otras especies (no todos los indígenas son ignorantes como tampoco todos los ingleses son piratas), que no se los puede clasificar como ratas de laboratorio y que, aunque sabemos que el contacto entre dos sociedades culturalmente diferentes genera tensión, existen valores inherentes a la existencia humana que siempre deben ser respetados.

### 3. UNA RELECTURA DE LA EMPRESA ORELLIANA

María Vitarelli

El interés inicial por la figura de Orellie Antoine de Tounens surgió ante el interrogante sobre cuáles fueron las circunstancias históricas que determinaron su frustrada empresa en nuestra región. Nuestra

búsqueda se orientó hacia las fuentes y documentos, que de aquellos hechos han llegado a la actualidad, con la intención de recuperar, al menos en parte, el discurso del que se hiciera llamar Rey de la Araucanía y Patagonia. Gracias a las diferentes gestiones realizadas en Francia y en Chile<sup>1</sup>, obtuvimos la obra periodística publicada en Marseille por el mismo Orellie-Antoine entre 1871 y 1872. Esta obra consta de dos diarios, *Les Pendus* y *La Couronne d’Acier*<sup>2</sup>, que relatan los dos primeros viajes realizados por Orellie-Antoine a la Araucanía en 1858 y 1869, respectivamente.

El primero de estos viajes tiene por objetivo establecer algún vínculo comercial posible entre Francia y Sudamérica que permitiera financiar su proyecto. Por esta razón, Orellie-Antoine desembarca en Coquimbo, al sur de La Serena, región minera por excelencia y donde la explotación del cobre se hallaba en pleno auge. Allí permanece durante veintisiete meses, tiempo durante el cual su empresa va tomando forma. A pesar de no concretarse ninguna actividad comercial con Francia, aprende la lengua y se nutre de múltiples historias sobre la Frontera. Al poco tiempo, gracias a un préstamo cedido por su familia, más el dinero de la venta de su cargo de abogado en Périgueux, se dirige hacia el Sur, a la región de Arauco, junto a una caravana que parte a comerciar con los indígenas. Este primer contacto con el pueblo mapuche deslumbra a Orellie-Antoine, quien va en busca de su interlocutor privilegiado, el cacique Mañil. Pero, lamentablemente, a su llegada éste ha muerto. Será entonces Quilapán, sucesor indiscutido del cacique, quien lo reciba. Este encuentro será literal y simbólicamente memorable por el cruce de los diferentes sistemas de creencias: según la profecía, el fin de la guerra y de la esclavitud del pueblo indígena llegaría de la mano de un hombre blanco, el *huinca*, que pondría fin a las desgracias del pueblo mapuche. La bienvenida no podría ser más promisoría.

Ésta es solo una brevísima síntesis de algunos de los hechos que sirven de referente a los relatos de los diarios mencionados. En los mismos, a veces bajo la forma de epístola, otras en un discurso en primera persona del singular, se pone de manifiesto el espíritu y la lógica de los argumentos que Orellie-Antoine selecciona para defender la causa de la Nouvelle-France. La mayoría de estos argumentos provienen de un horizonte referencial coincidente con el imaginario social de la época, erigido a partir de otros relatos de viajes conocidos, como los de Humboldt,

Musters o el almirante Dumont d'Urville, que evocan el continente sudamericano y van consolidando el espacio discursivo de la Patagonia. Así pues, el abordaje del imaginario social patagónico plantea la necesidad de deslindar una serie de nudos problemáticos<sup>3</sup>. Uno de ellos es el de las representaciones de la Patagonia socialmente aceptadas y el papel que estas imágenes-fuerza desempeñan en el entramado argumentativo de los discursos políticos de la época, sobre todo en lo referente a los reclamos territoriales, y en la literatura.

A la luz de estas reflexiones, el carácter enunciativo de los relatos de Orellie-Antoine difiere esencialmente de aquellos relatos de viajeros en los que predominaban extensos períodos descriptivos y en los que la postura del científico-naturalista estaba regida por un gesto testimonial. La enunciación de estos relatos está fuertemente marcada por una estructura argumentativa: Orellie-Antoine intenta convencer a su auditorio de la validez y la viabilidad de su causa:

Ma cause est celle de la France, dont je veux purifier le sol, relever le sens moral en la séparant de toutes les scories de la société grangrénéé.

Semejante afirmación sugiere un auditorio de lo más heterogéneo: será el monarca francés Napoleón III, quien podrá prestar el apoyo militar y económico; será el pueblo francés, los potenciales editores de sus publicaciones; serán los calumniadores y los difamadores de su causa; será también, finalmente, el pueblo araucano. En suma, el auditorio se diversifica y también, consecuentemente, los argumentos que intenten persuadir de la legitimidad de su causa. Podríamos agregar, además, que es a partir de la afirmación precedente que la empresa orelliana se inscribe dentro de la tradición utópica del espacio americano: el espacio patagónico se idealiza no sólo por las virtudes que pueden serle intrínsecas, sino por el hecho mismo de estar lejos del "aquí". Esta lejanía es justamente la que permite la regeneración del hombre y la sociedad "gangrenada" del Segundo Imperio. Para el ser humano siempre ha sido posible imaginar la felicidad "ailleurs", en un tiempo pasado o futuro; pero difícilmente lo sería en coincidencia con el aquí y ahora. La Patagonia y la Araucanía se le ofrecen como el *topos* ideal, la Tierra Prometida, el lugar para llevar a cabo su afán de reconstrucción, "une vaste terre de reparation, une terre neuve, dix fois plus étendue, plus riche, plus peuplée que la

mère patrie et qui, de fière ses liens d'attache, rendra trésors, aide et secours de toute nature". Estas representaciones coinciden con el repertorio de imágenes-fuerza sobre la Patagonia, en este caso nutren la ecuación Patagonia = tierra de progreso.

La alteridad lejana, como bien la define Fernando Aínsa<sup>4</sup>, es una contra-imagen posible que tiene su origen en la disociación con el espacio patagónico, como el escenario adecuado de las operaciones, donde se suceden las imágenes que coinciden con aquéllas de la Patagonia como región de posibilidades y tierra de progreso sostenidas por nuestra generación del '80. Ahora bien, si el deseo manifiesto de reconstrucción del hombre y de la sociedad se erige como el argumento privilegiado para inscribir el discurso orelliano entre los proyectos utópicos del siglo XIX, es apropiado considerar entonces la distinción que estableciera el mismo Aínsa entre el inmigrante y el conquistador: el primero busca la utopía en el espacio, escapando, la mayoría de las veces, de realidades que lo empujan a abandonar su lugar nativo, sin títulos ni pertenencias; muy alejada de esa realidad está la del conquistador, que lleva consigo la bandera de su país de origen para intentar imponerla en territorio ajeno. A la luz de esta distinción, podríamos considerar la empresa orelliana como un proyecto de marcada connotación imperialista<sup>5</sup>, pero de explícitas intenciones regeneracionistas:

Mon projet n'en était pas moins un projet national, patriotique, français, éminemment français. Faire de L'Araucanie, si avantageusement située à l'entrée des mers océaniques, une colonie française, sans guerre comme sans dépense pour mon pays, et y introduire au moyen d'écoles créées pour l'enfance, notre langue et la religion catholique, double bienfait dont il serait facile de doter ces populations primitives: tel était mon idéal, tel était mon but!

Como en la mayoría de los relatos de viaje, en éste también está presente la mirada "civilizada" del viajero ilustrado que no reconoce en el otro una cultura posible e intenta plasmar la única conocida, la propia:

Cet appel avait pour but, non pas de me créer de rentes personnelles ni de me fournir de quoi faire la guerre aux républiques voisines de mon royaume, mais au contraire de faire cesser celles que existent entre les trois peuples depuis la dé-

couverte de l’Amerique et les remplacer par les bienfaits de la civilisation.

Sin embargo, si bien esta idea de propagar “les bienfaits” de la civilización y el progreso se repite más de una vez a lo largo del relato, pareciera no ser más que una fórmula, parte de una retórica vacía característica de este tipo de discurso, ya que en la práctica Orellie-Antoine sabe que para lograr su empresa debe conocer la cultura del pueblo araucano, sus costumbres y fundamentalmente su lengua, el mapudungun, para poder comunicar en los parlamentos mapuches uno de sus argumentos más importantes: la necesidad imperiosa de una centralización política en el interior de la sociedad mapuche para poder vencer al ejército chileno que no cesaba de instigar, en la Frontera, a las poblaciones indígenas.

En resumen, creemos que es justamente esta zona de contacto intercultural entre la cosmovisión europea de un viajero ilustrado del siglo XIX y la comunidad araucana, afectados ambos por un proyecto común, lo que aparece como más relevante de esta historia. Orellie-Antoine de Tounens convivió con el pueblo mapuche, estudió con los misioneros salesianos su lengua, se involucró con la comunidad indígena en calidad de defensor y protector de sus derechos, evidentemente con un fin estratégico: consolidar su empresa, la Confederación monárquica constitucional formada por las Repúblicas Hispano-Americanas y dividida en diecisiete estados. Un fin que nunca alcanzó a concretar.

#### 4. OJOS QUE SABEN MIRAR

##### Enriqueta Morillas Ventura

Anotábamos en un trabajo anterior sobre Guillermo Enrique Hudson<sup>1</sup> la importancia otorgada a las sensaciones y la permanente reflexión sobre ellas. De entre los sentidos, son precisamente los superiores los que en el acto perceptivo organizan las representaciones mentales. La vista y el oído adquieren relieve en un texto que busca a su través descubrir los diferentes aspectos de un viaje exploratorio en su doble dimensión de observación y transfiguración estética de la Patagonia, al mismo tiempo:

Este río fue impropriamente llamado por los aborígenes Cusar-leofú o Río Negro, a no ser que el epíteto se refiera solamente a su rapidez y peligrosidad, pues no es negro como su tocayo amazónico. El agua que brota de los Andes, a través de una mole de piedra, es maravillosamente pura y de un claro tono verde mar. Tan verde parece bajo ciertas luces, que cuando sacamos un poco en un vaso de cristal nos asombra verla cambiar, no siendo ya más de color de esmeralda, sino cristalina como el rocío o el agua de lluvia. Es indudable que el hombre es científico por naturaleza y descubre que las cosas no son lo que parecen, llegando hasta el fondo de todo misterio; pero su otro yo, más viejo, más profundo, más primitivo y el que aún más persiste, no es científico ni mítico, y a pesar de la razón se sorprende del cambio; él es un milagro, una manifestación del poder y de la inteligencia que existe en todas las cosas<sup>2</sup>.

Las largas descripciones nos muestran los tonos de la naturaleza y sus manifestaciones desde el suelo del valle, su espesor, su constitución de arena y guijarros, sus pastos, arbustos, juncos, el clima extremadamente seco, la violencia de los vientos del verano hasta los pueblos de los primitivos habitantes del valle. Antiguas poblaciones convertidas ahora en lecho de piedras labradas, puntas de flecha, cuchillos de piedra, piedras pulidas utilizadas para diversos menesteres, fragmentos de alfarería y restos de animales. Hudson concede a su imaginación la libertad de remontarse a los orígenes de las primeras civilizaciones para interpretar cabalmente el mundo que explora. Cree que aquí en el Valle puede haber ocurrido un proceso de aislamiento hasta reducir a los aborígenes a su mínima expresión:

Los hombres del pasado en el valle patagónico estaban solos con la Naturaleza, haciéndose sus propias armas y sustentándose por sí mismos [...]. Y aun juzgando por esa confusa e incompleta visión que me forjé de su desvanecida existencia, a través de las armas y fragmentos hallados, parecía evidente que la inteligencia no estaba del todo dormida en ellos y que progresaban paulatinamente hacia un estado superior. (42)

Hay melancolía en Hudson por su fracasado intento de imaginar la vida espiritual y material de los antiguos. Los pensamientos arriesgan conjeturas pues quisiera ver la Naturaleza tal y como la vio el salvaje primitivo. Existe en él una avanzada concien-

cia de la situación de las poblaciones indígenas a lo largo de la historia. Melancolía que tiene que ver con el hecho indudable de que “es imposible indagar, porque voluntariamente no podemos escapar de nuestra personalidad, de nuestro ambiente, de nuestra concepción de la Naturaleza”. La convicción de que “todas las cosas caen y languidecen” conspira contra su investigación. En uno de los seis cementerios que rodean la casa en la que se halla, levanta y examina las calaveras:

[...] Y algunas veces, sosteniéndolas en mis manos, dejaba escurrir la arena que llenaba sus cavidades, y contemplando el brillante chorro, mientras caía, me asaltaban los más inútiles pensamientos y conjeturas. (43)

En sus esfuerzos por tratar de reconstruir imaginativamente la mentalidad primitiva, queriendo alcanzar la visión de lo que pudo haber dentro de aquellos cráneos rotos, deduce que la imagen del río tiene la aptitud simbólica para pensar su idiosincrasia, para concentrar los significados de la Naturaleza, fuente dadora de vida y determinante de la índole de los pueblos. De esta manera los futuros pobladores también han de ser modificados por ella:

[...] Porque el río tiene que haber sido, para los aborígenes del valle, el eje principal de la naturaleza y de la vida del hombre. Si algunos nómades o colonizadores de pueblos cisandinos o trasandinos llevaron allí sus tradiciones u otros sistemas sobrenaturales, resultados de una naturaleza diferente, ellos habían sido modificados, disueltos y arrastrados por esa rápida y eterna corriente verde, a cuyo lado continuaban viviendo de generación en generación, olvidando todas las cosas viejas [...]. Todas las cosas se reflejaban en sus aguas: el cielo azul, las nubes y los astros, los árboles y las altas hierbas de sus márgenes y sus propios rostros oscuros, así como también se reflejaban en el río, también su corriente se reflejaba en sus cerebros. [...] así como los Incas adoraban al sol [...] para los habitantes del valle ese río era [...] lo más poderoso que existía en la Naturaleza, lo más benéfico y su dios por antonomasia. (45-46)

Esta visión de la Historia es la de la generación del 37; el texto de Hudson explica también la Patagonia como medio creador de mentalidades, hábitos, costumbres, creencias, desde una posición que nos recuerda claramente a Sarmiento y su concepción

determinista del ambiente natural en la índole y el carácter de los pueblos. Pero aquí ya las campañas de Rosas y de Roca han tenido lugar: la Naturaleza parece poseer la aptitud de modelar a todos sus pobladores, incluidos los “salvajes”. Guillermo Enrique Hudson nos sitúa frente a una Patagonia donde ya se siente el impulso histórico de la Argentina moderna. De allí que su visión trasunte un mundo humano en el cual los exploradores, los colonos y los indígenas conforman la Patagonia. Para la explicación de la índole propia de estos últimos, las referencias de Hudson nos remiten al mundo andino de los incas al equipararlos en sus creencias, las cuales aclaran los comportamientos, los rasgos de carácter y hasta los hábitos, actuando como un orden vertebrador de los primitivos pobladores de la Patagonia. De alguna manera Hudson cree haber hallado correspondencias con los pueblos andinos del norte para diseñar una mentalidad americana animista que se constituye en las antípodas de la mirada racionalista del viajero extranjero: en ese animismo incluye la percepción del propio mundo y la articulación del pensamiento americano. El mundo indígena del sur tendría así la misma índole, y por lo tanto el mismo pensamiento que los antiguos incas, cuyas actitudes compartirían en su visión del mundo, en su manera de pensarlo partiendo de la sensación y de la percepción sensibles.

El río imanta y transfigura su percepción: afirma la existencia de verdaderos pilares de diferenciación, a la cual se añaden sistemáticamente todos los aspectos de una naturaleza capaz de regir y orientar un mundo nuevo, reelaborando de manera magnética las creencias, las miradas y hasta los sueños de los que llegan a estas tierras:

Nunca me pareció la Patagonia tan sobria ni tan tristemente gris como esa tarde en que al galope tendido íbamos a lo largo de la costa norte [...]. Pero luego comenzó a brillar el sol por el Oeste, asomándose justamente detrás de nosotros por entre los claros que nos dejaban las dunas; al mismo tiempo apareció ante nuestros ojos un espléndido arco iris de colores tan vivos que al contemplar espectáculo tan bello no pudimos evitar las exclamaciones de júbilo.

Un día de gloria y esplendor sobrenatural aparece solamente después de muchos otros monótonos y sombríos. [...] Me asombró como algo raro que, según creemos, hayan sido los Incas los únicos adoradores del arco iris. (51-53)

Esta argumentación conforma otro de los discursos señalables del libro de Hudson, pues se mantiene invariable. De allí que pueda sopesar científicamente todas las especies naturales, tanto vegetales como animales, pues el hábito transfigurador de la naturaleza le otorga sentido y unidad a la Patagonia.

Queremos destacar ahora un poco mejor la índole cognoscitiva de la vista, cuya potencia puede también conformar una mirada capaz de avizorar el futuro de la región, tal es su fuerza en el espacio patagónico, mundo nuevo a llenar con las realizaciones humanas. Hudson se halla en una posición distinta a la del viajero europeo, tanto del colono como del comerciante. Su compromiso con la tierra que descubre aumenta a medida que acaecen las peripecias en este viaje del ornitólogo que sigue el vuelo de las aves en sus migraciones hacia el sur. A partir del capítulo VII, “La vida en la Patagonia”, ya entre los colonos en la casa que sitúa en la Barranca de los loros, Hudson narra la vida de un explorador que poseía “una casi sobrenatural agudeza visual” (86). Se trata de Ventura Sosa, un rudo explorador de la frontera. Los capítulos siguientes acentúan no sólo las siempre ponderadas cualidades de la vista, sino de la mirada. Para Hudson, ornitólogo, viajero, explorador sensible, mirar es observar, también contemplar y finalmente comprender.

En los capítulos XI y XII se concentra especialmente en los resultados y alcances de su indagación, ya que hasta entonces el oído del ornitólogo es el que ha prevalecido. Deliberadamente, Hudson compara la vista del indio y el blanco. Al respecto, considera un error de los maestros el inculcar la idea de su superioridad, idea que considera que “el poder visual de los salvajes es superior al del hombre civilizado y que la diferencia es tan grande que el nuestro es un sentido desfigurado comparado con su brillante facultad” (142). La importancia de la vista es tal que perderla equivale prácticamente a perder la vida. Hudson no piensa que la vista del primitivo sea superior, como era corriente en el pensamiento de la época:

Porque conozco por experiencia algo de los salvajes, y cuando ellos hacían uso de sus ojos a su manera y para sus fines, yo usaba los míos para mis propósitos, lo que era muy diferente. (144)

La vista depende de su adaptación al medio, y de las necesidades concretas más que de sus cualidades intrínsecas. Si bien su grado de acercamiento a la realidad del indígena es pobre, no carece de interés el

intento de clausurar visiones idealizadas y una metodología que no puede esconder su actitud interesada o coloca en la cuenta del otro sus imposibilidades o sus limitaciones. Para mirar mejor Hudson se vale de sus lecturas: Humboldt aparece convencido de la “visión maravillosa de los salvajes de Sudamérica” (151); Herbert Spencer, por lo contrario, señala que los órganos crecen con el ejercicio (150). Recurre a diferentes fuentes mientras observa lo que encuentra en su viaje y procura aproximarse a la realidad de los grupos humanos lo mejor que puede. Esta comprensión la tiene para con todos. Dice:

No es raro que Humboldt haya caído en este error, porque, después de todo, él contó solamente con los medios que tenemos todos para descubrir las cosas: una vista limitada y una mente falible. Como el salvaje, él entrenó sus facultades para observar y deducir, y sus deducciones, como las de los salvajes, resultaron algunas veces erróneas.

La vista del salvaje no es mejor que la nuestra por la simple razón de que no requiere una mayor perfección. [...] De pie sobre el llano, su horizonte es limitado, y los animales que caza, si a menudo son más rápidos y astutos que él, carecen, en cambio, de inteligencia, por lo que quedan en igualdad de condiciones. (151)

Hudson no está más allá de los prejuicios de los hombres de su época; de allí que su visión del indígena se muestre todavía muy lejos de reconocerse en la alteridad humana universal. Sus aproximaciones son superficiales y no existe ningún asomo apreciable en sus descripciones y valoraciones de los que encuentra en su camino. El lector actual de *Días de ocio en la Patagonia* no hallará una inmersión en las culturas locales equiparable a la que lleva a cabo en el reino de la naturaleza, en el cual las aves siguen teniendo primacía. La mirada de Hudson descubre en su canto, su plumaje, sus ojos, propiedades y aptitudes que trascienden la observación del naturalista. Su exaltación parece no tener límites y en esto se resiente por su parcialidad. El saber que orienta su mirada es decididamente moderno, combinando la visión de la perfección de la naturaleza propia de los ilustrados con el subjetivismo exaltado de los románticos. Sólo que aquí no se trata de un romanticismo que se le escapa al cronista, en el sentido que le otorga Adolfo Prieto, como ocurre con la mayoría de los relatos de viaje de los viajeros ingleses. En Hudson hallamos

una sensibilidad romántica acusada que despliega sin dejar por ello de llevar adelante la narración con el discurso científico que establece minuciosamente las especies y sus variedades.

Como lo señalara Jean Franco, se advierte en este autor un denodado intento de conciliar una “religión de la Naturaleza” con la “búsqueda de una comunidad armoniosa y orgánica”. Hudson soslaya la realidad ya más que evidente de la integración del medio rural al capitalismo que se afianza y consolida. Jean Franco opina al respecto que en sus otros libros se advierte claramente su negación de las fuerzas que colocan a los espacios naturales en una situación subordinada, de satélites que han de producir para las metrópolis y sus pobladores. Sus deseos utópicos y su concepción del arte se acercan al platonismo. Tampoco parecía apreciar sus escritos: para él, la experiencia vivida en la inmersión en la naturaleza y el “éxtasis de la observación” definen una actitud, un derrotero y una instalación de la mirada que quiere aferrarse a una suerte de transformación genética de la humanidad y a una naturaleza idealizada:

Pero el propio ojo no es inocente y el lugar de Hudson en la literatura argentina debe ser reconsiderado. Porque su escritura no es simplemente reflejo del ojo del poeta ni tampoco puede proclamárselo precursor desprejuiciado del nacionalismo argentino. Más bien su obra textualiza la esterilidad de un contexto dependiente en el cual el progreso queda reservado sólo a la metrópoli. Todavía, además de su lugar dentro de la tradición de la cultura metropolitana, en la cual su “allá lejos y hace tiempo” es el último lugar de exilio para el utopista, los escritos de Hudson tienen otra historia dentro de la misma cultura argentina<sup>3</sup>.

No podemos aquí ponderar debidamente la recepción de la obra de Hudson durante el siglo xx, durante el cual intentó adscribirse a la corriente conservadora que se opone al peronismo dadas sus actitudes hacia la naturaleza, la barbarie, el salvajismo y la constante remisión a una edad de oro pastoril anterior a la inmigración. Si es verdad que Hudson no alcanza a percibir las fuerzas productivas que orientan los ya asentados conflictos de la dependencia advertibles en las oposiciones ciudad-campo, civilización-barbarie, metrópolis-periferia, racionalidad y vida instintiva, nuestra focalización debe, necesariamente, asumir otro derrotero. Nos parece útil recordar su condición de periférico que quiere recuperar y otorgarle

autenticidad a su propio pasado, a su infancia. Nos sigue pareciendo que sus observaciones minuciosas sobre la vida en la Patagonia constituyen una aportación indudable, una incorporación detallada del sur ignoto.

El dilema planteado en las oposiciones antes enunciadas, que tensan el siglo xix y se perpetúan, no pudo ser resuelto. El hecho de que Hudson lo enuncie es un verdadero reconocimiento de la existencia del problema. De manera que la falta de mención de la tragedia indígena como la de la cosificación de estas tierras en función de los intereses europeos recubiertos de un falso heroísmo en *Días de ocio en la Patagonia*, no debe preocuparnos. Otros textos se encargan de expresarlas. Hudson fue uno de los pocos escritores capaces de adentrarse en estas tierras y registrar sus observaciones sobre las aves, la llanura y sus habitantes.

## 5. VOCES Y RETAZOS DE LA MEMORIA: *ALLÁ EN LA PATAGONIA DE MARÍA BRUNSWIG*

Alicia Frischknecht

### 5.1. Introducción: génesis de la obra

María Brunswig de Bamberg compila y comenta, en *Allá en la Patagonia. La vida de una mujer en una tierra inhóspita*, las cartas que su madre Ella Hoffmann de Brunswig enviara a su *Mutti*<sup>1</sup> en Wilhelmshaven durante su estada en tierras patagónicas. No sólo interesa por constituir una serie epistolar completa, con las impresiones que recibiera una inmigrante culta europea. Estos recuerdos e impresiones recuperan especialmente el paisaje, la gente y sus costumbres de este territorio “extraño”, “prehistórico”, “rudo, inhóspito y difícil”.

Pero no son éstas las únicas fuentes discursivas de su obra: la trama temporal es completada, gracias a María, por fragmentos de *Recuerdos de la Patagonia*, “cuaderno de cuarenta páginas” que escribiera la propia Ella, en alemán, a pedido de amigos y parientes, en 1877. Sus *Recuerdos* “olvidaban” la crónica compilada por su marido, Hermann Brunswig, para dar una serie de charlas en el Club Alemán de

Buenos Aires en los años cincuenta. Esa obra de Hermann incluía datos y episodios que no habían sido objeto de los comentarios a su madre, reseñados fundamentalmente en las cartas<sup>2</sup>, y omitían otros que probablemente habían sido borrados con el tiempo. El período que abarcan las cartas cobra especial importancia para completar la consideración del período cronológico estudiado (1870-1910) porque recuperan el interés por un contexto particular, por sus estructuras sociales y por las representaciones de la región que los viajeros construyeran. Al mismo tiempo, estos datos representan un núcleo fundamental para explicar la constitución de una cultura patagónica, una cultura heterogénea y compleja.

Esta tercera versión es justificada por la hija en “Historia de este libro”, su comentario introductorio:

Opiné que había llegado el momento de producir una crónica para los familiares más cercanos, combinando las dos versiones [...]. Hace tiempo que se agotaron los ochocientos ejemplares y me siguen llegando pedidos, sobre todo de una edición en castellano. Nuestra familia ya tiene retoños de la cuarta generación y no todos hablan la lengua de los bisabuelos. [...]

En 1983, nos mudamos a la casa de mi tía Wera, la hermana menor de mamá: en esa ocasión ella me entregó el bulto de las cartas originales de su hermana a Mutti [...]. Con emoción leí las cartas, sobre la base de las cuales papá había hecho la primera selección, y descubrí que tanto él como el abuelo Sydow habían practicado algo de “iconografía” al suprimir muchas expresiones de depresión y angustia ante un futuro incierto, haciendo aparecer a Ella como una roca de bronce [...]. En realidad no fue así, y en ésta, la tercera versión, he vuelto a poner las cosas en su lugar [...]. Ella resulta más auténtica ahora [...].

En febrero de 1992 [...] visité una vez más la Argentina y me di el gusto de hacer una excursión a la Patagonia, donde no había estado desde 1959. Allí decidí incorporar mis propias impresiones de aquellos días, así como algunos comentarios que se me habían ocurrido durante el trabajo de traducción. [...] me sentía otra vez aquella niñita de siete años que aceptaba ese gran traslado desde Alemania hasta la Patagonia como algo novedoso, eso sí, pero, al fin, natural.<sup>3</sup>

El suyo es un viaje de búsqueda, a través de las voces de sus padres y abuelos, a través de las memorias construidas a la distancia, de una identidad

viajera, de una identidad que ha olvidado en parte la lengua de ese territorio que la conformara, de un ser *lo otro* en un contexto, aunque no hostil, inmensamente distante y poco comprensivo.

## 5.2. La constitución de la memoria y el relato autobiográfico

El relato autobiográfico ha sido estudiado por años atendiendo a cómo el sujeto convierte en otro su propia existencia. Pero estas consideraciones están condicionadas por la cultura misma. Es en una cultura donde también se definen y se desdibujan lugares que habilitan, o no, al sujeto a poder decirse: así, en la reconstrucción de la memoria puede esa imposibilidad poner en evidencia las condiciones, las representaciones que su cultura reproduce.

Ciertas constantes se multiplican en el corpus considerado: la imposibilidad de consolidar la individual en la memoria colectiva, la identificación de la casa y de la familia como núcleos de la reconstrucción del origen perdido, en tanto proyecto único, y de la lengua como vínculo con el espacio perdido y distancia respecto de ese lugar de paso. Cada memoria individual es, a la vez, una sumatoria de olvidos intencionales que posibilitan reconocer cuáles son los valores y principios que rigen, ya no la vida, sino la reconstrucción de cada relato biográfico. Memoria y olvidos constituyen al individuo total. La escritura es, por lo tanto, en alguna medida un recorte intencional que interpreta, en un marco casi ficcional, aquello que cree puede decirse, a la vez que decir-lo. El pacto comunicativo y motor de la narración tiene como punto de partida el “Yo me cuento” y, de ese modo, pasa a formar parte del universo en el que el relato cobra sentido. Formar parte de él supone, también, el reconocimiento de las reglas del juego.

En el caso de los viajeros —naturalistas y cartógrafos, en general—, los componentes biográficos se ven subsumidos por la necesidad de contar un espacio. Ese espacio previamente creado en la mente del viajero busca, de la mano de algún dato autobiográfico casual, la confirmación de esa representación ya habida. El testimonio es, entonces, solamente una excusa para explicar el sentido de ese recorrido que es a la vez geográfico y semiótico. Se viaja de una geografía a otra, de una cultura a otra. Pero el recorrido es intencional. Los testimonios de estas mujeres tampoco se distancian del núcleo temático paisaje, sin embargo se centran en un espacio cultural, que no se organiza en términos de diálogo entre culturas

sino más bien en los de implantación de la propia en ese nuevo lugar, que es síntoma de la pérdida, de la soledad, de la imposibilidad de reconocimiento. El relato<sup>4</sup> reorganiza y reconfigura tanto la representación de la Patagonia, como espacio heterogéneo y multiforme, como el de la cultura familiar, que encuentra su justificación en la subordinación a un proyecto impuesto por otro, por aquel al que hay que “seguir” dada la relación matrimonial. Ese seguir al otro por un territorio desconocido no es, en sí, un proyecto, sino la anulación o la postergación del propio. El proyecto personal, que se asocia a la cotidianeidad es, para Ella Brunswig, permanentemente postergado por el seguir al proyecto del otro. Así es como la cotidianeidad y el paisaje se convierten en objeto constante de la escritura. La cotidianeidad borra la urgencia de la construcción del proyecto y el paisaje representa la ausencia también del espacio del proyecto. El único descubrimiento que se admite en ese nuevo mundo recorrido es el de la propia humanidad, a través del reconocimiento de la humanidad del extraño. Ese mundo caótico se convierte por la mano activa en orden familiar.

Sólo en los casos en que la escritura cobra un sentido reivindicatorio y políticamente pautado la subjetividad se constituye en un medio por el que la lucha contra la opresión genérica estalla simbólicamente, a través del cuerpo y de una nueva subjetividad. La obra nace, por lo tanto, de la urgencia vital de hacer manifiesta la presencia material de esa corporalidad. El cuerpo visible es soporte privilegiado en la lucha contra aquél que la invisibilizó. En las notas de Ella, la relación con el propio género responde a una construcción social distanciada de las voces que asocia con la castración: la fragilidad, la responsabilidad de los lazos familiares, la mirada “bella” de la madre. La voz construida reproduce los gestos del opresor y nuclea en el silencio los que volverían sobre la condición femenina.

Cuando estas luchas no aparecen textualizadas, la tradición familiar se fortalece. La experiencia viaja de madres a hijas, a nietas, con el único objetivo de restablecer la tradición que la propia cultura de origen ha construido. Entre los sujetos inscriptos en una cultura letrada, las manifestaciones textuales de dicho objetivo son las cartas, los relatos fragmentarios reconstruidos por las herederas, los documentos públicos en los que las voces femeninas son fielmente reproducidas. En todas ellas, la voz justifica otra versión de la historia que, lejos de colaborar con la reconstrucción de la identidad nativa de la Patagonia,

reconocen en la pluralidad de identidades familiares el origen de la cultura de nuestra región.

### 5.3. Ella Brunswig, justificación del viaje de una mujer letrada

El caso de *Allá en la Patagonia* es semejante al de otros relatos de inmigrantes en los que la figura de la madre es identificada como lugar de construcción de la identidad familiar, como núcleo de la tradición. Muchos de ellos recuperan su memoria para justificar su propia historia personal. El origen es el relato materno, el de abuelas. Parten de la necesidad de reconstruir su historia y, para ello, tejen una trama en la que las voces —a través de las cartas, de relatos orales, de diarios personales— logran justificar el presente de la familia. En este caso, a través de las cartas a *Mutti* se organiza el diálogo entre la abuela, como origen de la tradición, y la madre alejada, que enuncia y oculta. A este diálogo se suma la voz esclarecedora de la hija para resignificar, a partir del pasado, el presente de la familia en Alemania.

La identidad busca constituirse a partir del proyecto masculino que sugirió el ingreso en un nuevo estado de cosas: un nuevo espacio, la reposición de los núcleos organizativos de la casa, la esperanza de un futuro mejor para sus hijos. Se funda tanto en la necesidad de negar las condiciones del lugar de origen, la guerra, la inminencia de un estado de crisis, como en la lengua materna. La migración se constituye como un espacio de olvido, espacio del pasado, que encierra la justificación del presente que las agobia. El proyecto está en el futuro, es en la cultura original, en la promesa de su recuperación, donde se sostiene la reproducción de experiencias y la negación de las carencias. La mirada sobre el paisaje es, por lo tanto, una búsqueda permanente en la memoria de la propia cultura. Se construye como una comparación que, dado que no habilita homologación en el plano de lo real, busca en lo fantástico, en la memoria literaria los puntos de contacto.

Recordaba viejas leyenda de gigantes y dragones y, en las rocas, veía escaleras y terrazas, castillos y fortalezas, sarcófagos esculpidos tan perfectamente que daban escalofríos [...] pocas veces mi imaginación fue estimulada tanto como aquí. (42-45)

Los núcleos del olvido no son frenos para la cristalización del futuro. El futuro es prometedor sólo



si logra borrar de la memoria familiar esos eventos. La memoria del grupo familiar, de la cultura de origen, debe construirse como punto de anclaje para el cambio en el futuro. Sólo mediante la reposición de ésta, mediante las prácticas que establecen el orden de la cultura familiar, puede pensarse la supervivencia. La inscripción en la cultura escrita es el camino más fuerte para mantener los vínculos con el mundo original, a través de las cartas, a través del consumo de bienes culturales que llegan al nuevo mundo para colonizarlo. Esa cultura es también justificadora del orden: la alfabetización de los hijos en la lengua materna es su principal vehículo.

Su historia, de hecho, se construye en relación con las necesidades de su grupo familiar: el trabajo doméstico, la disciplina familiar, las relaciones con otros sujetos también alejados de su origen, se justifican en la necesidad de proyectar el presente en torno de lo posible, de lo deseable que, siempre, se encuentra fuera del nuevo territorio. Para garantizar la reconstrucción, la madre se define como vector y las prácticas cotidianas como el camino para otorgar a la descendencia la capacidad de retransmitirla. Ese nuevo rol de transmisoras/reconstrutoras viabiliza una nueva vida que, al tiempo que traza las posibilidades de reposición, va convirtiendo los recuerdos del pasado en documentos de la cultura familiar. Contar supondría cristalizar aquello que significa una carga pesada en la vida presente; anular las penurias colabora con la recuperación de lo perdido.

La casa se convierte, por lo tanto, en monumento establecido en el nuevo espacio para garantizar la reposición del pasado. El diálogo con la madre en Alemania construye un vínculo con la historia que merece ser repetida. El presente no se actualiza en la localización lejana. No se reconoce más compromiso que el generado por el vínculo familiar y doméstico. El territorio es un espacio que va a ser colonizado y reorganizado según la cultura de origen, no representa la elección sino la opción inevitable:

Las nenas nos dan mucha alegría y satisfacción. La verdad es que son bastante poco civilizadas, resultado de esta vida libre y sin obligaciones fijadas [...]. En estos momentos leen *Las leyendas de la Grecia clásica*. (180)

Vemos el futuro de las nenas más o menos así; son ideas no más, castillos en el aire: un par de años recibirán enseñanza aquí —con su madre y/o con una institutriz alemana—, en el campo; luego las llevaré a Lübeck, adonde irán al colegio. (183)

La “limpieza” y el “orden” alemán tiñen también los comentarios sobre la vida doméstica, a partir de la necesidad de restablecerlos en un ámbito ajeno. A diferencia de éstos, los testimonios de los viajeros varones identifican el espacio como posibilidad de transformación, de conquista, de logro, en tanto núcleo central de su justificación social, económica, profesional o política. En los relatos de Hermann se percibe el interés por cuestiones laborales, políticas, y por anécdotas que identifica como diarias aventuras: los viajes a caballo, en barco, la fabricación y aprovechamiento de una rudimentaria canoa. Por ejemplo:

En esa estancia, de unas diez leguas cuadradas, con pastoreo de invierno y verano, pastaban unas 10.000 ovejas. Como administrador me movía con entera independencia. El gerente se hacía presente una vez al año, para la esquila. (34)

Las mujeres pueden ver el más allá del espacio y lo traducen consecuentemente en ausencia de lo otro.

El camino, por cierto, no es lo que en Alemania entendemos por tal ... (40)

Hermann tiene tres vacas lecheras, pero no dan tanta leche como en Alemania [...] . Ya ves que todo aquí es distinto. (48)

Si bien faltan muchas cosas que hay en Alemania, en general nuestra comida es sana. (75)

[...] me he adaptado relativamente pronto a mi nuevo ambiente [...]. En mis *Perlas del Arte Culinario* encontré dos recetas [...] que salen muy bien con grasa de capón y aceite... (68)

En la Argentina todavía no hay profesiones para mujeres, y la educación impartida en la escuela no es suficiente. Tendrán que embeberse del modo de vivir alemán. (215)

La narración que puede recuperarse en las cartas, y que es confirmada por los breves comentarios de María, describe tres momentos bien diferenciados: un primer momento de deslumbramiento, de fascinación por las diferencias del paisaje patagónico respecto de las imágenes almacenadas en su memoria; el segundo, en el que la decepción comienza a teñir las caracterizaciones del nuevo ambiente, decepción por la cultura

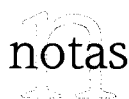
que comienza a reconocer, por la imposibilidad de reproducir sus propias experiencias culturales y por las urgencias cotidianas a que la nueva vida la enfrenta; finalmente, con las últimas páginas, la resignación, no sólo por la imposibilidad del regreso, sino también por la necesidad de separar la familia para lograr la continuidad de la cultura de origen.

#### 5.4. Consideraciones finales

Volver a la Argentina para María representó una doble búsqueda, la del pasado familiar y la de su propio presente como ser entre dos mundos. No necesariamente dos universos culturales, pero sí dos espacios bien diferenciados en los que debe reorganizar su memoria individual para poder explicar-se. En esa búsqueda, la voz de sus padres, recuperada de los relatos en su lengua materna, debe ser traducida a la vez que complementada por su propia voz: no ya la de una niña erradicada de su origen y de su familia, sino la de una adulta que necesita recuperar esos capítulos de su historia para explicar las actuales separaciones.

María vive en Alemania y busca en su historia en Argentina la justificación del retorno de sus hermanas a este territorio que nunca fue para ella un destino. Las fotografías que selecciona para la edición son muy elocuentes en este sentido: madre, padre y María lucen en la mayoría de esas imágenes como seres extraños al territorio; Asse e Iya adoptaron el paisaje como parte fundamental de sus juegos de infancia, modificando su sistema de comportamiento, sus valores, sus visiones del mundo y sus intereses futuros. Su vuelta a la Argentina no fue sólo justificada por la cercanía de Ella, su madre, sino por la necesidad de recuperar ese pasado, núcleo de su identidad. Ellas son la parte de la familia que ya no habla la lengua alemana y que sólo por la empresa de María pueden recuperar la voz de la madre.

María es la única que por su “estar fuera”, en una y en otra cultura, puede recuperar tanto la voz como la experiencia, de modo de reponer una identificación común con sus hermanas, más allá de la lengua, de la cultura. La historia familiar es el punto de contacto.



#### 1. Las expediciones ilustradas a la Patagonia

<sup>1</sup> Alfonso Reyes, *Última Tule*, México, Imprenta Universitaria, 1942, pág. 65.

<sup>2</sup> Véase *Viaje del comandante Byron alrededor del mundo, hecho últimamente de orden del Almirantazgo de Inglaterra*, traducido del inglés por el Dr. D. Casimiro de Ortega, Madrid, en Casa de D. Francisco Mariano Nipho, 1769, pág. 67.

<sup>3</sup> Estas páginas reconocen una deuda notable con la investigación posdoctoral realizada por Carolina Depetris en la Universidad Autónoma de Madrid, en el proyecto “El diario como cartografía. Estudio de las constantes y variaciones en la representación del entorno en el Río de la Plata y Patagonia a través de los diarios, comentarios y cartas de relación de la conquista y colonia españolas, y de los escritos de la ‘campana del desierto’ (1874-1886) en Argentina”.

<sup>4</sup> Véase Pedro de Ángelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, tomo I, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836, págs. 27-37 (37).

<sup>5</sup> Véase *Diario de un viaje a la costa de la mar magallánica en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga, por el P. Pedro Lozano*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836, págs. 21-22, en Pedro de Ángelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata*, tomo I.

<sup>6</sup> Véase *Carta del padre jesuita José Cardiel, escrita al señor gobernador y capitán general de Buenos Aires, sobre los descubrimientos de las tierras patagónicas, en lo que toca a los Césares* (11 de agosto de 1746), en *Derroteros y viajes a la Ciudad Encantada, o de los Césares, que se creía existiese en la cordillera, al sud de Valdivia* (en Pedro de Ángelis, ob. cit., págs. 13 y 39-40).

<sup>7</sup> Véase Tomás Falkner, *Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional; que contiene una razón del suelo, producciones, animales, valles, montañas, ríos, lagunas, etc. de aquellos países. La religión, gobierno, política, costumbres y lengua de sus moradores, con algunas particularidades relativas a las islas de Malvinas*, primera edición castellana, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1835, pág. 3 (en Pedro de Ángelis, ob. cit.).

<sup>8</sup> Véase su “Proemio al examen del Diario de Cruz” que precede al *Examen crítico del Diario de D. Luis de la Cruz, por una comisión del consulado de Buenos-Aires, y con la defensa del autor*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837, pág. I (en Pedro de Ángelis, ob. cit.).

<sup>9</sup> Véase *Informe del Virrey Vértiz, para que se abandonen los establecimientos de la costa patagónica*, en *Colección de viajes y expediciones a los campos de Buenos Aires y a las costas de la Patagonia*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837, pág. 122 (en Pedro de Ángelis, ob. cit., tomo V).

<sup>10</sup> “[...] determiné de cerciorarme por mis propios ojos de la verdad de todo lo que se contaba, a fin de poder hacer a los demás la relación de mi viaje”, asegura Pigafetta (*Primer viaje alrededor del mundo*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1986, pág. 35); también Mafrá daba testimonio de “lo que vio por sus propios ojos”, según consta en su *Libro que trata del descubrimiento del estrecho de Magallanes*, en Fernando de Magallanes, *Descripción de los reinos, costas, puertos e islas que hay desde El Cabo de Buena Esperanza hasta las Leyquios*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Torrent y Compañía, 1920, pág. 183.

## **2. La visión del viajero inglés: George Chaworth Musters**

<sup>1</sup> George Chaworth Musters, *Vida entre los patagones*, Buenos Aires, Ediciones El Elefante Blanco, 1997. Las citas corresponden a esta edición, y en adelante irán seguidas del número de la página correspondiente.

<sup>2</sup> Mary L. Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1997.

<sup>3</sup> Véase *Viajeros científicos en la Patagonia durante los siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Galerna, 1977.

## **3. Una relectura de la empresa orelliana**

<sup>1</sup> En Francia, los contactos se realizaron con la Société Bretonne des Études Patagoniques, bajo la dirección del Dr. Alain Le Ner, quien nos facilitó el material sobre el cual realizamos nuestra lectura. En Chile, el contacto se estableció con la Dirección de Cultura de la IX Región, con asiento en Temuco, epicentro de los hechos históricos que nos ocupan.

<sup>2</sup> Véase Société Bretonne des Études Patagoniques, *CAHIER ORLLIEN BLEU*, n° 1. *Les Pendus et La Couronne d'Acier* (“Los condenados” y “La corona de acero”, símbolo ésta de la legitimidad del poder), Editions Protésilas, Dinan, 2000.

<sup>3</sup> Véase Graciela Facchinetti, Silvina Jensen y Teresita Zaffrani, *Patagonia. Historia, discurso e imaginario social* (Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, 1997): “Los imaginarios sociales son los significados producidos por la comunidad a través de los cuales se perciben, se dividen y se elaboran sus finalidades. Cada sociedad construye y reconstruye permanentemente el mundo de representaciones a través del cual va delineando su identidad como grupo, legítima un orden social, justifica actos de dominación, moviliza a los diferentes sectores tras determinados ideales,

confiere una sobrecarga valorativa a ciertos hechos y personajes del pasado, introduce valores e ideales, crea símbolos, modela conductas individuales y colectivas”.

<sup>4</sup> Fernando Aínsa, *La reconstrucción de la utopía*, México, El Correo de la Unesco, 1999.

<sup>5</sup> En el proceso seguido en Chile, Orellie-Antoine confiesa: “su primer objetivo al salir de su país, de la ciudad de Périgueux perteneciente a la Francia, fue reunir la Repúblicas Hispano-americanas bajo el nombre de una confederación monárquica constitucional dividida en diecisiete estados quedando cada uno con el derecho de regirse por leyes particulares”.

#### **4. Ojos que saben mirar**

<sup>1</sup> “Sensaciones y sensibilidad en *Días de ocio en la Patagonia*”, en Eva Valcárcel (ed.), *La literatura hispanoamericana con los cinco sentidos*, Actas del V Congreso de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos (A Coruña, septiembre de 2002), Universidade da Coruña, 2005, págs. 457-464.

<sup>2</sup> William Henry Hudson, *Días de ocio en la Patagonia*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1997, pág. 38. Las citas corresponden a esta edición, y en adelante irán seguidas del número de la página correspondiente.

<sup>3</sup> Jean Franco, “El exiliado nato”, prólogo a Guillermo Enrique Hudson, *La tierra purpúrea y Allá lejos y hace tiempo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, pág. XLIV.

#### **5. Voces y retazos de la memoria: Allá en la Patagonia de María Brunswig**

<sup>1</sup> En alemán, diminutivo de “madre”.

<sup>2</sup> Las cartas de Ella a su madre fueron escritas entre 1913 y la muerte de aquella, en 1929.

<sup>3</sup> María Brunswig de Bamberg, *Allá en la Patagonia. La vida de una mujer en una tierra inhóspita*, Buenos Aires, Vergara, 1995, págs. 18-19. Las citas corresponden a esta edición, y en adelante irán seguidas del número de la página correspondiente.

<sup>4</sup> Además de los relatos de estas mujeres, Ella y María, la afirmación es válida para los de otras que no son objeto de este trabajo, como Dixie Florence, Annie Peck o Charlotte Cameron, seleccionados y comentados por Mónica Szurmuk en *Mujeres en viaje* (Buenos Aires, Alfaguara, 2000), y los compilados por Virginia Hauric, *Mujeres en tierra de hombres. Historias reales de la Patagonia invisible*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.